

De casa

y la silenciosa compañía de los objetos.

Ana Rivera



*De casa
y la silenciosa compañía de los objetos.*
Ana María Rivera Franco

Proyecto de grado dirigido por **Carolina Franco**

Universidad de los Andes, 2021
Facultad de Artes y Humanidades
Departamento de Arte
Bogotá
Junio 2021

De casa

y la silenciosa compañía de los objetos.

Ana Rivera



Índice

05

Gatos. ¿Gatos? Sí, gatos.

23

La inmesidad de los objetos.

27

Testigos de otras realidades.

32

Siempre nos han acompañado.

36

Una nueva mirada.

62

Un largo viaje dentro
de estas cuatro paredes.



Gatos. ¿Gatos? Sí, gatos.

Hace un poco más de dos años, adoptamos con mi pareja una gatica llamada Pantera. En ese entonces nos habíamos mudado a un apartamento en el centro, al lado de la Biblioteca Nacional. No éramos completamente independientes (económicamente hablando) pero, por distintas razones, ya no vivíamos con nuestras familias. Estuvimos allí un año. Luego, Vale, mi pareja, tuvo que irse sola a una habitación (donde la pasó muy mal) y yo regresé a la casa de mis papás, con Pantera y todas nuestras cosas. Un semestre después comenzó la pandemia.

Vale se volvió a mudar a otra habitación diminuta, aunque al menos tenía su propio baño. (Era el cuarto del servicio). Mientras tanto, la relación con mis papás se comenzó a complicar por el confinamiento y un gran conflicto de intereses. Después de dos meses de encierro, decidí irme a la habitación donde Vale se estaba quedando; con Pantera, algo de ropa y mi computador. Si el cuarto ya era ridículamente pequeño para una persona, con mi llegada y la de Pantera, se convirtió en una caja de fósforos. A pesar de eso, al menos teníamos nuestro propio espacio. Pero eso tampoco duró mucho tiempo. Surgieron tensiones con la otra persona que vivía en el apartamento, que con el paso de los días se fueron intensificando. El confinamiento fue el catalizador perfecto para el conflicto y la desesperación emocional. Esto nos llevó a buscar otro lugar dónde vivir e independizarnos realmente.

El primero de junio del 2020 nos mudamos a una pequeña casita al norte de la ciudad. Llegamos con muy pocas cosas porque la mayoría de ellas estaban en el apartamento de

mis papás. En ese entonces, la localidad donde ellos estaban entró en cuarentena estricta, por lo que nos tocó esperar al menos un mes para poder recuperar todo lo que se había quedado allá. Comenzamos en una casa sin estufa, sin nevera, sin mesas ni sillas, sin armarios o algún lugar donde guardar nuestras pertenencias. No había agua caliente para bañarse. Preparábamos la comida en una cocineta eléctrica de dos puestos, que nos hacía tener una dieta muy limitada, porque tocaba esperar una eternidad para cocinar cualquier cosa. Dormimos por varias semanas en dos colchones inflables (que Pantera decidió pinchar. Sí, los dos). Esos mismos colchones nos sirvieron de oficina: Vale con un portátil y yo con un iMac trabajando, entre sentadas y acostadas, haciendo sufrir nuestras espaldas. En el primer piso, sólo estaban nuestro zapatos para salir y un carrito del mercado metálico. En el segundo y en el tercero, teníamos una sábana de rayas y una colcha de flores como cortinas. En la habitación que, hoy en día es el estudio, sólo estaba la caja de mi computador, una mesa rimax remendada, una silla roja plegable muy incómoda y el módem del internet en el suelo y, donde

ahora está el closet, teníamos dos maletas de viaje con toda nuestra ropa. La casa se sentía enorme ante tanto vacío. La carencia de tantos objetos que hoy en día son considerados como el mínimo de un hogar, nos hizo comprender su importancia y cuánto nos ayudan en el día a día. Su ausencia nos llevó a valorarlos.

Cuando nuestras pertenencias empezaron a llegar, ya sea desde la casa de mis papás, por herencia de parientes o porque los íbamos comprando, cada una de ellas se convirtió en un miembro más de nuestra familia. Qué alegría armar nuestra cama, tener nuestras sábanas, nuestras cobijas y nuestras almohadas. Poder guardar algunas cosas en nuestras mesas de noche: libretas, esferos, aretes, documentos, mi insulina, el cargador del celular, dinero, regalos y recuerdos. Cambiamos nuestra dieta de atún, arroz (que hacíamos gracias a una olla arrocera), papas fosforito y aguacate, porque ya teníamos una nevera dónde conservar nuestro alimentos y más adelante llegaría la estufa a gas. Qué dicha tener una estantería de madera dónde poner nuestro libros,

a pesar de que muchos de ellos no los leemos pero queremos conservarlos. Armamos una estructura de metal, que mis papás nos dieron, donde acomodamos las camisetas, los pantalones de salir, los de pijama, los sacos, la ropa interior y una que otra chaqueta. La ducha del baño del segundo piso se convirtió en nuestro depósito, en el arrumadero de chécheres, de morrales y montones de tenis que no seguiríamos usando durante la pandemia, de ropa y cosas empacadas en bolsas que ya ni recuerdo qué son pero que no puedo botar porque, tal vez, después de que estos tiempos cambien, voy a poder encontrarles otro valor nuevamente (o quizás no). Fue maravilloso poder sentarse en una mesa, gracias a unas sillas (así suene obvio) a comer, a escribir, a trabajar o simplemente a charlar. Pantera también disfrutó recuperar su pequeño rascador, su platico de comida y el baúl cubierto con una ruana verde fluorescente en donde se sienta, en el primer piso, a ventanear y ver las personas pasar. Qué emoción cuando recuperé mi cafetera (digo que es mía porque Vale no toma café), el exprimidor eléctrico de naranjas, la sanduchera que nos regalaron en navidad y

nuestra hermosa vajilla de girasoles. Aunque debo confesar que de las primeras cosas que adquirimos —antes que las mesas, las sillas o la nevera, antes que todos estos fabulosos artefactos— fue la lavadora. Jamás pensé que precisamente ese electrodoméstico sería uno de los que más falta me harían. Definitivamente los objetos domésticos son los que permiten construir la esencia de un hogar. Pero bueno, después de todo este cuento, ¿qué tienen que ver los gatos con mi proyecto de grado?

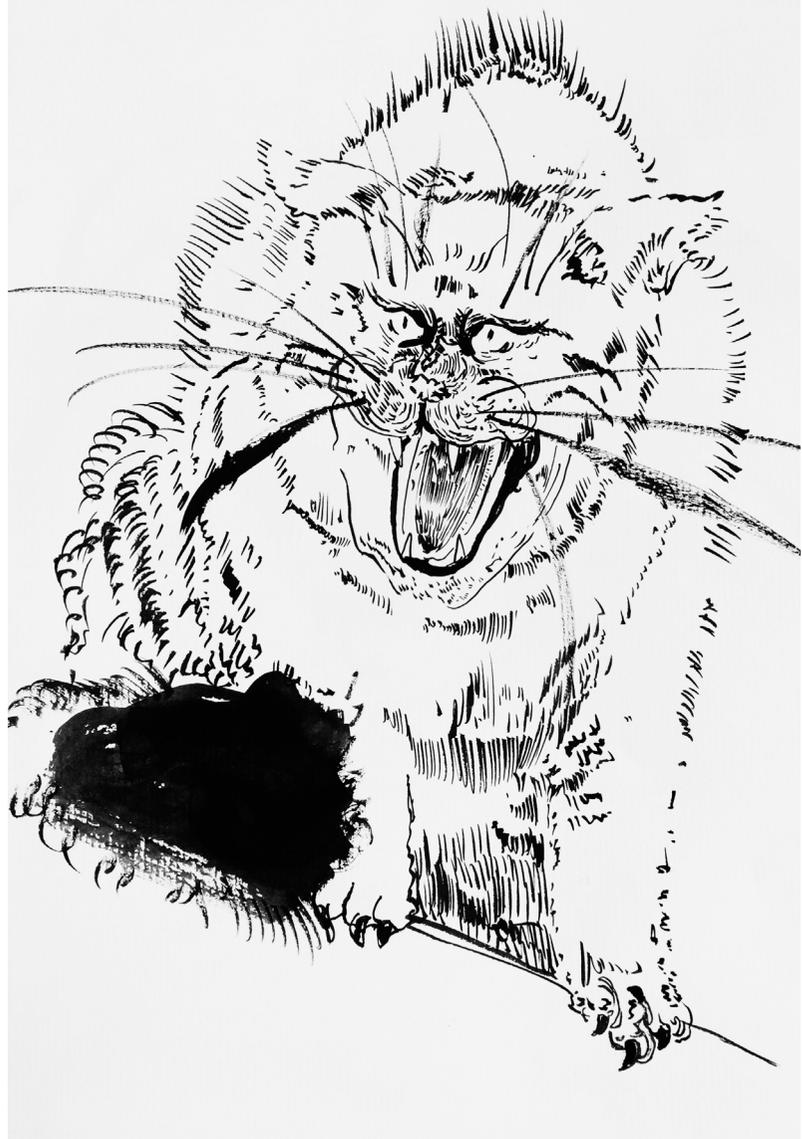
A lo largo de toda esta historia, Pantera siempre ha sido una participante más de los cambios que hemos vivido con Vale en estos últimos dos años. Cuando comencé a pensar este proyecto, a buscar una razón, un qué o un tema, mi gata atrajo mucho mi atención. Ella se convirtió en la excusa perfecta para empezar a hacer y a reflexionar. No tenía idea sobre qué, pero necesitaba empezar por algo. Primero, busqué y recopilé fotos que le había tomado desde el momento que la adoptamos. Las miré, las observé, aprendí a leerlas, busqué las posibles razones por las que las había tomado y

en qué situaciones. Lo bello de la fotografía (y de las imágenes, en general) es que permiten hacer dos tipos de lecturas: sobre aquel o aquello que se está observando y sobre el observador. Las fotos de Pantera me permitieron construir una cronología de todos los cambios y situaciones que mencioné anteriormente. Pude ver cómo mi entorno cambiaba porque el de mi gata también lo hacía. Y, pude compaginar con sus estados de ánimo según la época que estábamos viviendo porque ambas sentíamos lo mismo. Luego, comencé a mirarla, a observarla, a mejorar y profundizar en mi relación con ella y a dibujarla.



Aunque el único momento en el que realmente podía detallarla y dibujarla con detenimiento era cuando estaba durmiendo. Empecé a buscar muchas imágenes de gatos con expresiones feroces y en movimiento. Poco a poco, mi dibujo se fue volviendo más ágil, más expresivo, más errático, delicado, preciso, elegante y cuidadoso, como mi gata.









Al mismo tiempo, mientras me desvivía por dibujar gatos, una que otra vez, aparecían entre mis imágenes alguno que otro objeto doméstico que llamaba mi atención. Tal vez por su forma, porque lo usaba todos los días, porque acababa de adquirirlo o porque simplemente me gustaba.





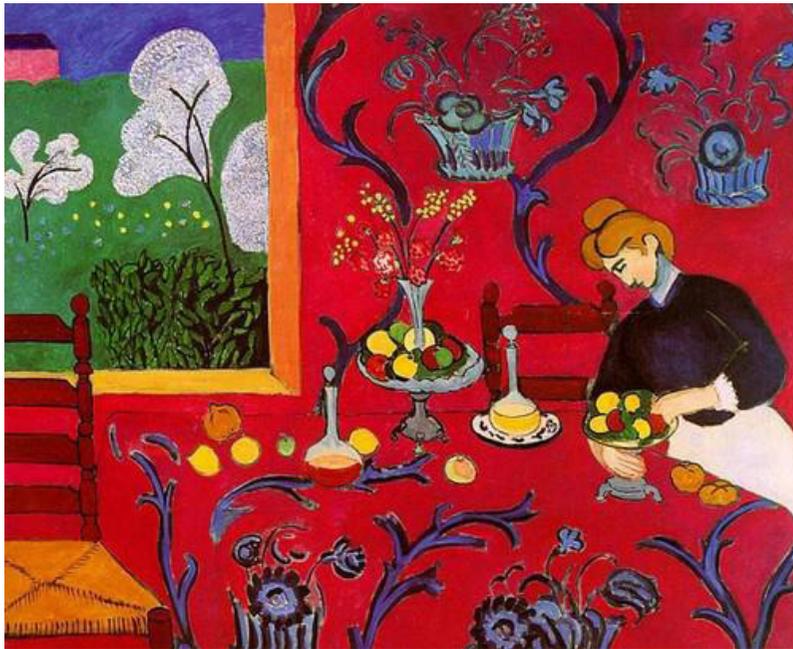
La fenêtre à Tanger, 1911 - 1912.
Henri Matisse.

Durante ese momento de búsqueda y de aprendizaje, empecé a ver algunas pinturas de Henri Matisse. En sus cuadros, el color saca de la banalidad las escenas domésticas. Por ejemplo, el azul del alba de cada mañana que entra por la ventana al despertar.



Intérieur au violon, 1918 - 1921.
Henri Matisse.

La oscuridad del crepúsculo que engulle la habitación y sólo se vislumbran algunos de los objetos que acompañan al artista, gracias a la luz que entra, de nuevo, por su ventana.



Harmonie en rouge, 1908.
Henri Matisse.



L'atelier rouge, 1911.
Henri Matisse.

En otros casos, el color no se relaciona con los tiempos del día. Ciertamente, el rojo que él utiliza en varias de sus pinturas puede ser el protagonista. Sin embargo, en muchas ocasiones este color que envuelve a los personajes, los objetos y ciertos detalles que el artista seleccionó, permite que se destaquen y les prestemos mayor atención. El resto de las cosas fueron devoradas. Miremos estas dos pinturas de Matisse. Lo primero que vemos es el impactante color y quedamos atrapados ahí por un tiempo. Luego, después de liberarnos de aquella hipnosis, nuestros ojos empiezan a

detallar aquellos objetos que se salvaron parcial o completamente de la inmensa y vibrante mancha roja. Podemos ver aquellos objetos y detalles que son importante para el artista, ya sea por su forma, por su valor emocional, porque los necesita, porque está acostumbrado a verlos, porque en su ejercicio de contemplación escogió aquello que construía la esencia de aquel espacio en particular o porque, simplemente, disfrutaba dibujarlos y pintarlos. El color guía nuestros ojos hacia aquellos objetos que quedan en la superficie y nos invita a mirarlos con mayor atención.



Le chat aux poissons rouges. 1914.
Henri Matisse.

Otro ejemplo de lo que acabo de mencionar anteriormente es la pintura de *El gato y los peces rojos*. Claramente el protagonista de la imagen es aquel gato amarillo, jugando, molestando o cazando a los peces dentro de la pecera. Sin embargo, si quitásemos todo aquello que rodea a nuestro amigo felino, la imagen perdería por completo aquella calidez que tiene esta escena de casa. No sería lo mismo sin aquella vista desde la ventana que da a una inmensa pradera y algunos árboles meciéndose alegremente por el viento. Al horizonte, perderíamos de vista aquellas enorme montañas que descansan bajo un cielo azul despejado y, al interior de la casa, no podríamos disfrutar de la tapicería de las paredes ni de los patrones del suelo de madera. En cambio, si el gato desapareciera, la obra seguiría siendo muy especial. Claro, habría que tomar otro tipo de decisiones formales en cuanto a la imagen (composición y color, quizás), pero su esencia seguiría presente, si los protagonistas fueran la pecera, los objetos y el espacio.

Todo esto me lleva a pensar que, tal vez, la intención inicial



Estudio hecho por mí de "Le chat aux poissons rouges", 2020.
Pasteles sobre papel, 17 x 10 cm.

de Matisse fue capturar ese momento, con aquel bodegón conformado por la pecera, algunas frutas y un florero. ¿Cuál florero? Bueno, quizás el artista estaba pintando aquella escena cotidiana y aquel travieso gato decidió subirse a la mesa a meter su pata en la pecera. En el camino, tumbó las flores que vemos tiradas en el suelo a la izquierda del cuadro. Matisse aceptó la curiosa situación porque es un amante de los gatos. Continuó pintando y este fue el resultado final. De nuevo, nuestra atención es capturada en un principio por el peludo amarillo (y el color, claramente). Sin embargo, este nos pide que nos fijemos en su entorno. En el suelo, las paredes, la vista desde la ventana, los muebles y los objetos. Matisse nos invita a que husmeemos en aquel espacio que alguna vez llamó hogar.

De esta manera, al concentrarme en mi gata, inconscientemente empecé a leer y a sentirme atraída por nuestro entorno. El proceso que describí con la pintura de Matisse fue el que viví para hacer la transición entre los dibujos de gatos a los de los objetos de mi casa.

Morir, eso no se le hace a un gato.
Porque qué puede hacer un gato
en un piso vacío.
Tregar por las paredes.
Restregarse entre los muebles.
Parece que nada ha cambiado
y, sin embargo, ha cambiado.
Que nada se ha movido,
pero está descolocado.
Y por la noche la lámpara ya no se enciende.
Se oyen pasos en la escalera,
pero no son éstos.
La mano que pone el pescado en el plato
tampoco es aquella que lo ponía.
Hay algo aquí que no empieza
a la hora de siempre.
Hay algo que no ocurre
como debería.
Aquí había alguien que estaba y estaba,
que de repente se fue

e insistentemente no está.
Se ha buscado en todos los armarios.
Se ha recorrido la estantería.
Se ha husmeado debajo de la alfombra y se ha mirado.
Incluso se ha roto la prohibición
y se han desparramado los papeles.
Qué más se puede hacer.
Dormir y esperar.
Ya verá cuando regrese,
ya verá cuando aparezca.
Se va a enterar
de que eso no se le puede hacer a un gato.
Iría hacia él
como si no quisiera,
despacito,
con las patas muy ofendidas.
Y nada de saltos ni maullidos al principio.

Un gato en un piso vacío - Wislawa Szymborska

Entre más miro, observo y pienso los
objetos de mi hogar; entre más los dibujo,
los conozco y los reconozco; y entre
más los hago interactuar con el espacio
metafórico que he ido o, más bien, que
hemos ido creando, me pregunto:
¿Qué espacio ocupan los objetos en mi
casa, en mis dibujos, en el papel, en la
memoria y dentro de mí? ¿Qué significan
para mí y por qué me interesan tanto?



La inmensidad de los objetos

Los objetos son un vínculo con el pasado. Son testigos del ingenio, la creatividad y la sensibilidad humana, aunque también son prueba de su inmensa crueldad. Los objetos son elementos que permiten suplir necesidades básicas (refugio, abrigo, protección...) y que, a medida que las sociedades crecen y cambian, adquieren otro tipo de roles. Son herramientas que se han modificado desde siempre en búsqueda de la comodidad del ser humano. Paradójicamente, estos aparentes beneficios tienen como consecuencia una dependencia absoluta hacia los objetos. Todos los días, normalmente, nos bañamos en una ducha (con agua caliente, preferiblemente). Para cocinar, prendemos la estufa, con un encendedor, un fósforo o una chispa. Cuando tenemos ham-

bre, abrimos y cerramos la nevera que cuida muy bien de nuestros alimentos. Utilizamos cubiertos para comer. Tomamos agua en un vaso o un pocillo. Nos sentamos en una silla, un sofá o una cama. Nos lavamos las manos cuando queremos. Prendemos un bombillo, una lámpara o un computador. Nos ponemos y nos quitamos la ropa... Todos los días, hacemos cosas que dependen completamente de objetos que existen y que funcionan (aparentemente) por arte de magia. ¿Qué pasa si se va la luz o el agua? ¿Qué pasa si un objeto deja de ser el mismo, se rompe y ya no funciona? O peor aún, ¿qué pasaría si, de repente, todos los objetos del mundo desaparecieran? Si mientras estamos sentados trabajando frente a nuestro computador, todo se esfumara y quedaríamos desnudos en medio de una pradera al aire libre. La respuesta parece obvia, ¿no? Nada sería igual a como estamos *acostumbrados*. No habría ningún horario que seguir, ni videollamadas, ni correos que escribir, ni mensajes que responder, ni la comunicación como la conocemos, entre muchas otras cosas. Todo cambiaría. Seguramente tendríamos que adaptarnos a nuestra nueva realidad y, seguramen-

te, surgirían nuevos tipos de objetos. Y eso es, precisamente, algo muy interesante de pensar. A pesar de que somos los creadores de los objetos que nos rodean y nos acompañan día a día, estos tienen la capacidad de moldear nuestras dinámicas y nuestra forma de vivir. Son elementos que pasan la mayor parte del tiempo en el anonimato pero que, si nos ponemos a pensar, se han convertido en aquellos que crean y modifican las costumbres y comportamientos de nuestras distintas sociedades.

El bastón, las monedas, el llavero,
la dócil cerradura, las tardías
notas que no leerán los pocos días
que me quedan, los naipes y el tablero,
un libro y en sus páginas la ajada
violeta, monumento de una tarde
sin duda inolvidable y ya olvidada,
el rojo espejo occidental en que arde
una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
láminas, umbrales, atlas, copas, clavos,
nos sirven como tácitos esclavos,
ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
no sabrán nunca que nos hemos ido.

Las cosas - Jorge Luis Borges

“Nuestro entorno es reconocible y puede ser amable o invivible gracias a las cosas que lo habitan. Si de repente algo cambia de lugar o desaparece, su ausencia es casi tan visible como su cuerpo lo fue hasta entonces.”

Objetos cotidianos - Rosa Olivares

Testigos de otras realidades



Mis dibujos y mis grabados me han permitido, de manera paulatina, ver distintas cualidades en los objetos de mi casa, que dejan de ser simplemente utensilios. A medida que empecé a prestarles más atención —a fotografiarlos, a dibujarlos y a ser más consciente de ellos— me di cuenta de su gran capacidad para comunicar. Creía que estaba hablando de ellos a través de mis imágenes, pero, en realidad, son ellos los que están hablando de mí. Los objetos de mi casa son testigos de mis gustos, mis dinámicas, mis hábitos, mis deberes y mis relaciones. En ellos reconozco fragmentos de mi historia, mis experiencias, mis aprendizajes y del estilo de vida que he ido construyendo. Creo que aprender a mirar de otra manera y a darle valor a los objetos que parecían

banales e irrelevantes en mi día a día, ha desarrollado en mí una sensibilidad que no conocía.

Algunos de mis dibujos se enfocan en representar, desde diferentes puntos de vista, ciertos escenarios de mi casa. Uno de esos lugares es la cocina. Hace un tiempo recibí un comentario por parte de un profesor que me decía que estos dibujos se quedaban cortos en la medida que llevaban al espectador únicamente a pensar en las dinámicas de la cocina: los utensilios, los ingredientes, la manera en que los alimentos y los condimentos están organizados, la disposición y el tamaño del espacio, el escurridor con la vajilla, etc. Para él, esto podía tornarse aburrido. Al no estar de acuerdo con su comentario, pude entender que a partir del ejercicio de crear imágenes de este espacio de mi casa, que parece tan común y, de nuevo, aburrido, me volví consciente de la realidad tan particular que estaba representando. La vajilla en el lavaplatos, los huevos sobre la nevera, los frascos y sobres de los condimentos apilados en una caja de plástico, las botellas de salsa de soya, salsa negra, salsa inglesa, la olla

arrocera, las espátulas, los cucharones, la tabla de cortar o la estufa no son sólo una lista visual de mi cocina. Estoy segura de que ni mis vecinos, ni mis familiares, ni mis amigos, ni las personas de esta ciudad, de este país, del mundo en el que vivo, de este tiempo o de épocas pasadas tuvieron una cocina igual. Y eso es muy importante de pensar y de entender. Los objetos permiten individualizar la esencia de los hogares y de cualquier espacio. Ellos son testigos de quiénes somos.

Otra cosa que vino a mi mente es que, tal vez, puedo ser más consciente y más sensible a las dinámicas, a los espacios y los objetos del hogar porque soy mujer. Cultural e históricamente se ha establecido que las mujeres pertenecen a la casa y, aunque desde las últimas décadas esto ha ido cambiando de una manera más notoria, los vínculos con el hogar (tanto positivos como negativos) que, inevitablemente hemos generado durante muchos años, siguen siendo todavía muy fuertes. Son las amas de casa, las esposas y madres quienes sufren por el desorden de su hogar. Son ellas quienes han

establecido las dinámicas y las reglas de la vida doméstica. Son las mujeres quienes se quedan a cuidar de los hijos y del hogar mientras los hombres van a la guerra o a trabajar. Esta división de roles pone a la ama de casa en una posición inferior, a pesar de que es ella quien prepara la comida, lava, pone a secar, plancha y dobla la ropa de toda su familia, cambia las sábanas y los tendidos, tiende las camas, sacude el polvo, barre y trapea el piso, cuida del jardín (si hubiese), recoge cualquier desorden ocasional y, además, cría a sus hijos.

El cuidado del hogar es una labor inmensamente subestimada. Al compararla con las exigencias físicas que requiere un agricultor, un obrero, un guardia o un soldado (aunque muchas mujeres también han participado en este tipo de trabajos), se especula que la vida doméstica es tranquila, sencilla y despreocupada. Tengo que admitir que, incluso yo, cuando todavía vivía en la casa de mis papás, pensaba que las tareas del hogar eran una tontería.

Desde que tengo memoria, mi mamá siempre ha mantenido su casa muy limpia y ordenada. Impecable, para ser más precisa. Es una necesidad para ella. Es como su carta de presentación, especialmente cuando hay invitados. También debo reconocer que yo no ayudaba mucho en los quehaceres porque no sabía lo que le sucedía a una casa cuando no se le hacía un mantenimiento constante y exhaustivo. Además, creía –y todavía lo creo– que mi mamá y, en general, las mujeres de su época, y tiempos atrás, ven el aseo y el cuidado del hogar como una misión y un deber ser en su vida. No importa si para cumplir con las exigencias del hogar (que la sociedad y ellas mismas han ido construyendo) deben sacrificar su bienestar físico y emocional.

Ahora que vivo por mi cuenta y que recae en mí (y en mi pareja) la responsabilidad de estas labores, soy consciente por el trabajo tan agotador por el que mi mamá pasaba. Mantener limpia y organizada la casa es una tarea de nunca acabar. Darme cuenta de eso es precisamente lo que me permite adaptarme a los rincones desarreglados y al desorden

ocasional que surge al habitar mi hogar. A través del hacer (cocinar, limpiar, organizar, barrer, lavar, volver a limpiar, volver a organizar...) pienso en la realidad de mi mamá, de la mamá de mi novia, de las madres y mujeres del presente y del pasado. Me pregunto cómo eran sus vidas antes de la llegada de todos estos artefactos mágicos que hicieron la tarea del hogar algo más llevadero, que les permitiera tener un poco más de tiempo para ellas y que incluso les permitiera pensar en tener una vida profesional y personal fuera de la casa. Antes de la lavadora, las amas de casa dedicaban días enteros para lavar la ropa. Desde la preparación del jabón hasta caminar al río más cercano con toda la ropa de la familia (algunas decidían llevar el agua hasta sus casas), sumergirla y luego restregarla sobre una placa de madera o una roca. Antes de la estufa debían cortar leña, prender y mantener vivo un fuego para calentar la comida. ¿Cuál sería la lista del mercado de hace dos siglos cuando todavía no existía la nevera para conservar los alimentos? Seguramente ellas mismas hacían (o sus maridos) los utensilios del hogar. Las ollas, los cucharones, los platos, los cubiertos, los vasos,

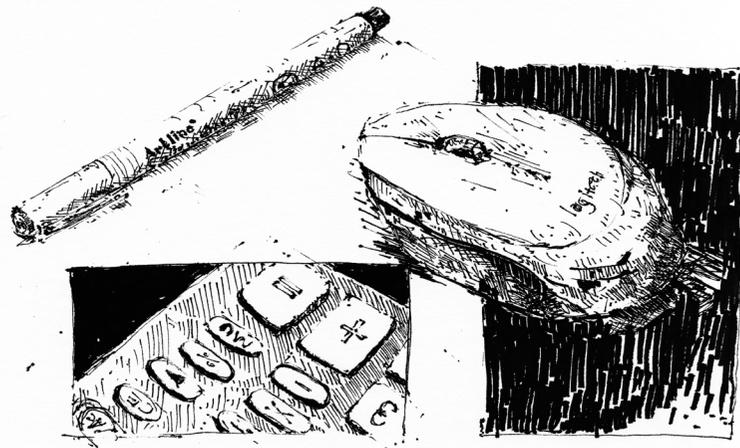
la escoba, los trapos con los que limpiaban... Las tareas de la casa eran tan complejas que se escribían manuales, de mujer a mujer, sobre el cuidado del hogar. Esta labor era un trabajo de tiempo completo sin ninguna retribución.

La llegada de los electrodomésticos resuelve muchas dificultades y permite estandarizar un mínimo de condiciones para vivir. Sin embargo, estos objetos son responsables de perpetuar el lugar de la mujer en el hogar. Es la ama de casa quien va a interesarse, a encontrar valor y belleza, y a sentir un cariño especial hacia ellos pues son quienes va a ayudarle a cuidar de su casa. Sin embargo, estos mismos objetos simbolizan las cadenas que la atan a esta tediosa e interminable labor. Sí, los electrodomésticos representan un cambio maravilloso para la vida doméstica pero también son la prueba física del lugar que todavía ocupa la mujer para la sociedad.

¿Será que en un futuro los hombres podrán desarrollar un vínculo similar y así de fuerte con los objetos domésticos?

“Pensemos, por ejemplo, en la arquitectura.

Durante todo el siglo XVIII en los países europeos se volvió cada vez más frecuente tener habitaciones individuales, algo que no era realmente común. Hoy en día pensamos que una casa debe tener habitaciones para cada hijo, pero innumerables sociedades convivieron de manera comunal durante milenios, tradición que todavía hoy muchas mantienen. La naturalidad con que asumimos esto pone en evidencia nuestra apropiación de la individualización que estas revoluciones consagraron.”



Siempre nos han acompañado

Nuestra cotidianidad y nuestra forma de vivir no son el común denominador del resto. Además, entre más viajemos atrás en el tiempo más diferencias vamos a encontrar. Nuestra realidad no siempre ha sido como la conocemos y tampoco permanecerá igual eternamente. Vivimos en un cambio constante.

Sin irme muy lejos, pienso en las más de doscientas casas que componen el conjunto residencial en el que vivo actualmente. Todas ellas fueron construidas a partir de un mismo molde. En principio, son idénticas. Sin embargo, cada una contiene dentro de sí un universo único según cada individuo, o grupo de individuos, que la habiten. Esta última pa-

labra es muy importante porque va mucho más allá de tener un lugar dónde dormir y refugiarse. Habitar un espacio es apropiarse de él y colmarlo de una esencia, una energía y una atmósfera particular que cada uno de nosotros tenemos y es ahí donde los objetos juegan un papel muy importante e imprescindible.

Los objetos son una proyección del ser humano, de sus ideas, sus anhelos, sus intenciones, sus miedos, sus emociones, sus experiencias y sus necesidades. Nos relacionamos con ellos al igual que lo hacemos con las personas. Algunos objetos llegan a nuestras vidas para quedarse por siempre. Otros, llegan por un momento muy corto y luego se van. Nos hacen experimentar emociones como el amor y la amistad o el repudio y el odio. Esto se explica porque el uno es el responsable del nacimiento del otro, es decir, ciertamente el objeto es una creación del hombre pero, es el hecho de tener la capacidad de plasmar una idea inmaterial en algo físico lo que marca el origen del hombre.

Todo esto puede parecer obvio, sin embargo, es muy fácil de olvidar. De hecho, es muy común que suceda. Los objetos nos han acompañado por siglos, han estado siempre ahí cuando los hemos necesitado y eso hace precisamente que su presencia se desvanezca. Pienso por ejemplo en la música de un ascensor, en el ruido constante de la ciudad o cuando estamos sumergidos en el mismo proyecto por mucho tiempo (un texto, la edición de un video, de una pieza musical o un dibujo) y no podemos ver errores que son muy evidentes para alguien que ve por primera vez nuestro trabajo. Creo que al estar inmersos en algo por mucho tiempo, la única forma de percatarse de su existencia es a través de su ausencia. Es posible percibir lo ruidosas que pueden ser las calles de una ciudad cuando la recorremos a altas horas de la noche. Lo mismo sucede con la presencia de un objeto se hace visible todavía más, cuando lo necesitamos y ya no funciona o no lo tenemos.

Esto nos permite reconocer que el paisaje que construyen nuestros objetos en este momento ha ido cambiando con

nosotros a lo largo de la historia de la humanidad. Es por eso que un objeto nos habla de una época, una cultura, una ideología, una sociedad e incluso, de una persona en particular. En ellos podemos leer aspectos de la personalidad, la sensibilidad y el estilo de vida de su dueño. Detrás de un objeto hay una intención, una serie de técnicas y aprendizajes que se han heredado de generación en generación, y un imaginario impulsado por necesidades colectivas que se quieren suplir. Olvidamos todo esto porque no podemos escapar de las particularidades de nuestra cotidianidad. Cuando una necesidad está resuelta, no hay razón para seguir pensando en ella. Sin embargo, esto no es verdad. Siempre que creamos que un objeto no puede volverse a pensar y a diseñar, alguien más nos demuestra lo contrario. Siempre podremos ver nuevas versiones de un objeto. Para hacerlo, debemos conocer su historia, lo que inevitablemente nos lleva a conectarnos con la nuestra.

“Vivimos rodeados de objetos. De cosas de todo tipo, desde el simple vaso de plástico hasta el más sofisticado ordenador. Son cosas que sencillamente nos acompañan durante nuestra vida, unos compañeros de viaje que a veces se aferran a nosotros, o nosotros a ellos, durante más tiempo del que nadie hubiese imaginado. En otras ocasiones son cosas insignificantes en las que apenas reparamos, que no ocupan nuestra cabeza ni nuestras manos más tiempo del imprescindible, apenas unos segundos, apenas nada. Prácticamente no existen. Forman ese paisaje cotidiano e inevitable que define no solamente nuestra cultura y nuestros hábitos, sino a nosotros mismos.”

Objetos cotidianos - Rosa Olivares



Una nueva mirada

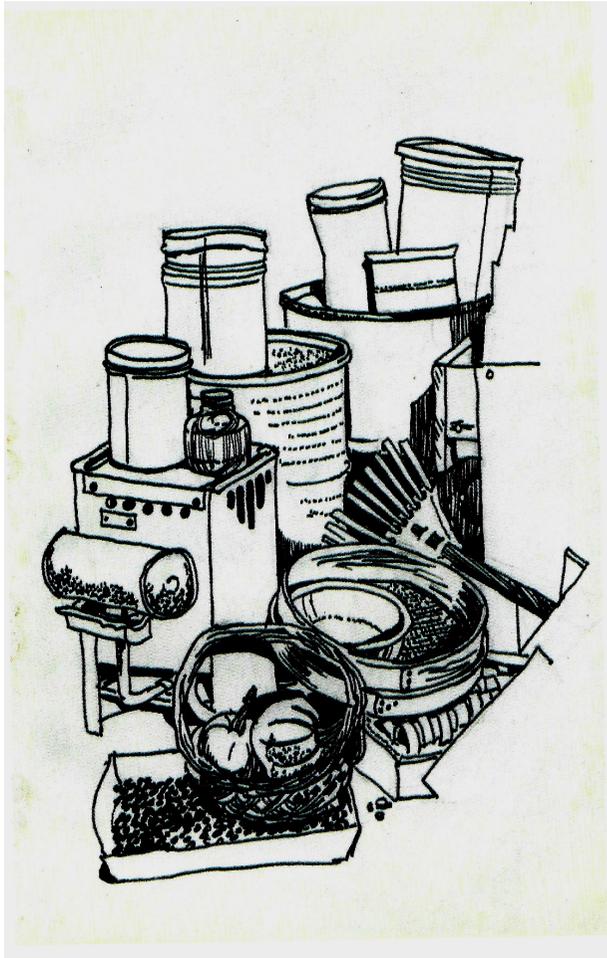
A partir de convertir el dibujo en un ejercicio cotidiano, he podido aprender a comunicarme cada vez mejor a través de él. Ahora, mis dibujos tienen la posibilidad de ser rápidos y despreocupados, cuidadosos y meticulosos, ágiles y expresivos, caóticos e ilegibles, divertidos y juguetones... y lo más importante, es que son dibujos llenos de honestidad. Al dejar de ser tan rígidos y reservados, pude capturar de alguna manera la esencia y el protagonismo de los objetos de mi casa.

Estos dibujos adquieren un carácter particular e imponente, y le dan fuerza y presencia al ruido y la molestia que genera el desorden en la casa. Estos dibujos ponen el ojo en esos

lugares atiborrados de cosas que se convierten en “espacios vacíos”, es decir, rincones tan caóticas que nuestra mente lo interpreta como si no hubiese nada. Algunos otros dibujos son un retrato de objetos que se han convertido en mis compañeros durante este encierro. Y otros, son un homenaje a aquellos objetos que inevitablemente tuve que dejar de lado porque ya no eran esenciales en esta pandemia.

Cada dibujo y cada grabado (que nace de un dibujo) ha sido una prueba de las horas de reflexión, de observación, de sensaciones positivas y negativas, y del aburrimiento que me llevó a prestarle extrema atención a mi casa, pero también, son testigos de los avances que he vivido a lo largo de estos semestres desarrollando mi habilidad para dibujar y pensar a través del dibujo. La única manera de lograrlo fue fallar innumerables veces y entregarme al error, aprender a verlo como una oportunidad de mejorar, a lanzarme al vacío a pesar de la incertidumbre del resultado y a perder el miedo frente al papel en blanco. Suena fácil pero en la práctica es mucho más difícil de lo que parece. Además de la destreza

que adquirí, aprendí a conectar con el lado honesto y vulnerable en los dibujos de los demás. Sylvia Plath es conocida por ser una gran poeta, sin embargo, lo que a mí me atrajo de ella fueron sus dibujos. Cuando los miro, puedo conectarme por completo con sus piezas y sus trazos, al imaginarme el tiempo que pasó observando y plasmando en el papel aquellos objetos que recogía en sus caminatas al aire libre o al capturar esas escenas domésticas que la rodeaban en su hogar.



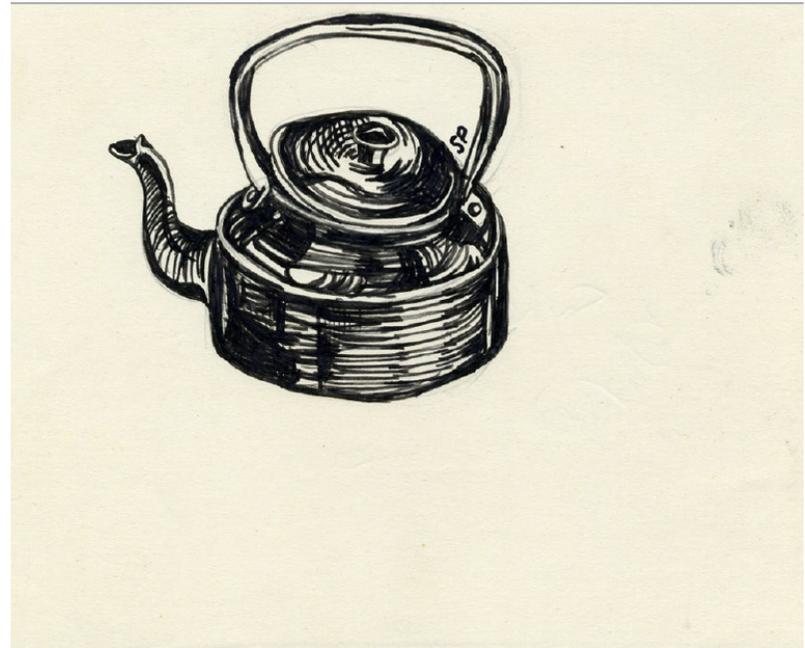
Naturaleza muerta con tarros y frutas, 1956.
Pluma y tinta sobre papel, 21 x 13 cm.

“De mi paseo ayer traje conmigo un cardo morado y un manojo de dientes de león, y dibujé ambos con gran y amoroso detalle; también hice un dibujo bastante malo de una tetera y unas castañas, pero mejoraré con la práctica; me da la sensación de paz dibujar; más que la oración, los paseos, más que nada. Puedo cerrarme por completo en la línea, perderme en ella”

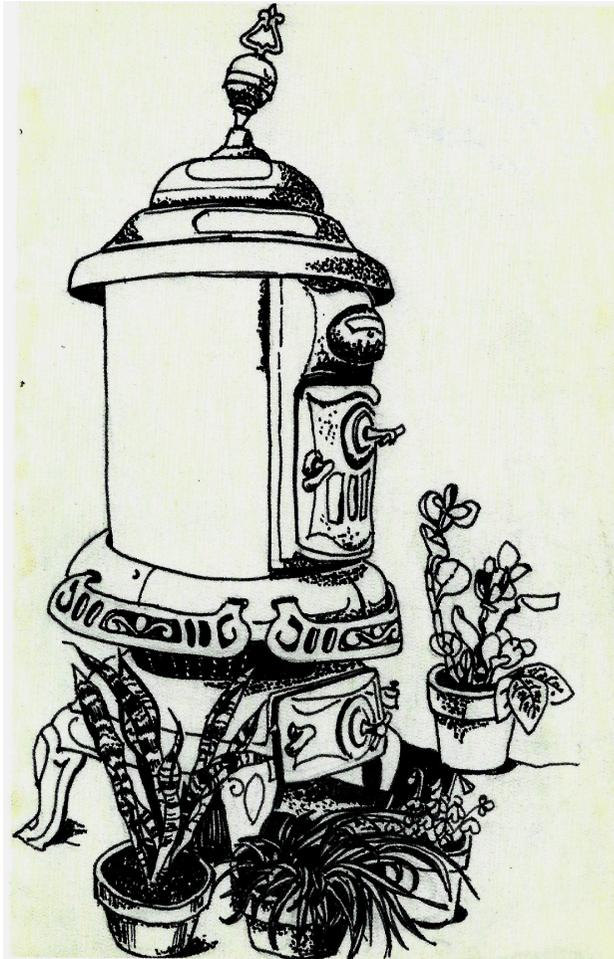
Fragmento de una carta a Ted Hughes, esposo de Sylvia Plath
7 de octubre de 1956.



Cardo morado, 1956.
Pluma y tinta sobre papel, 9,5 x 13,8 cm



Hervidor, 1956.
Pluma y tinta sobre papel, 11 x 14 cm



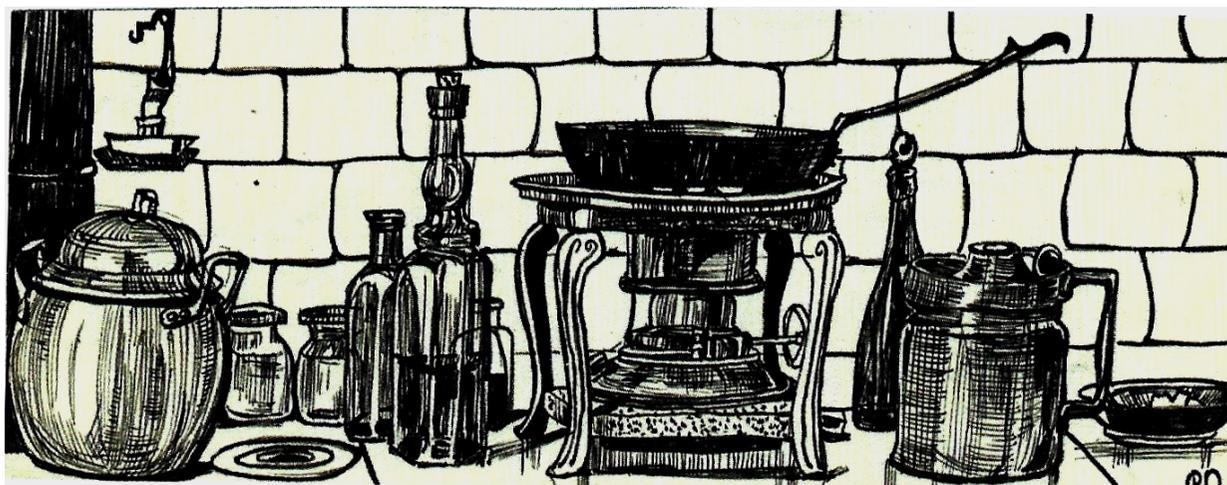
Estufa, 1956.

Pluma y tinta sobre papel, 21,3 x 13,7 cm.

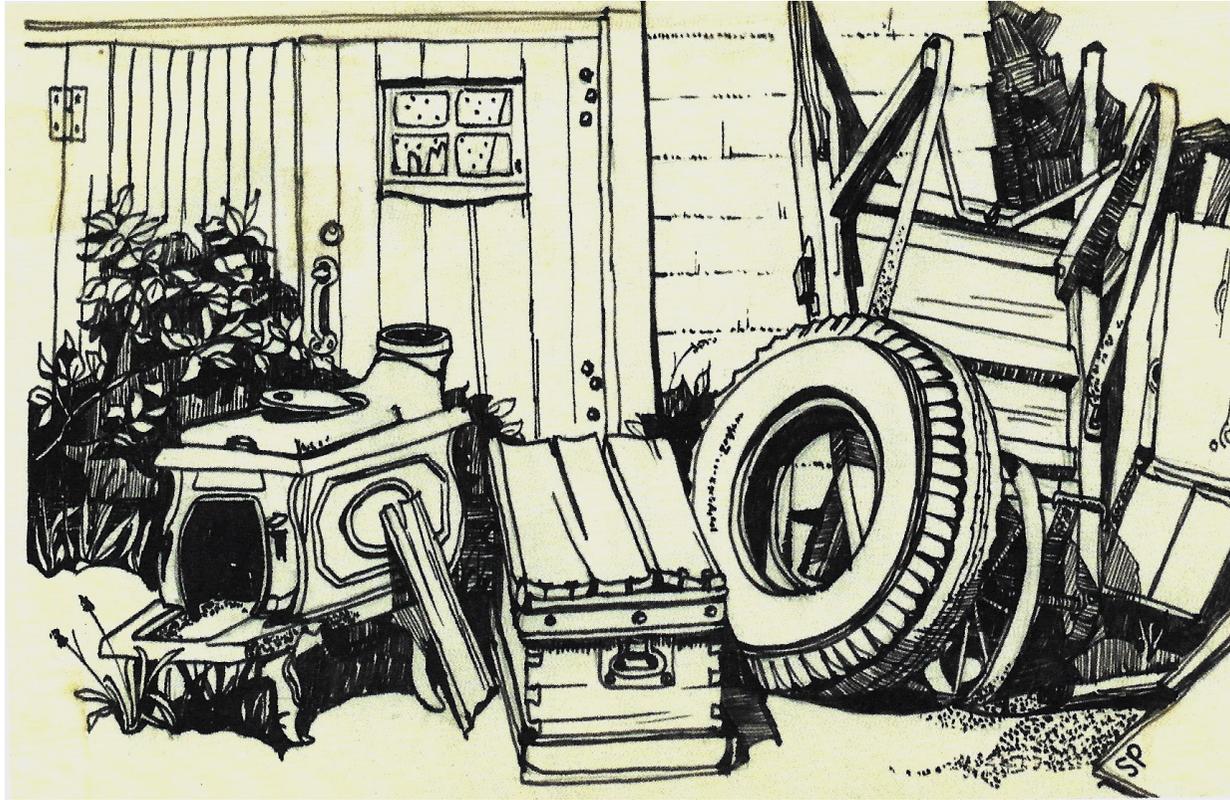
Es todavía más emocionante conocer las reflexiones en sus textos y en las cartas que escribía a su esposo, que surgen en esos momentos de trance en los que el tiempo se detiene cuando se está dibujando algo que atrapa por completo nuestra atención. Los objetos cotidianos tienen una cualidad inexplicable para cautivar, aunque su encanto no es como el amor a primera vista. Hay que aprender a mirarlos y a percibirlos de una manera distinta. Debemos quitarles ese velo que los convierte en simples herramientas reemplazables y que sólo vemos cuando las necesitamos. Cada objeto propone un montón de preguntas y de historias sobre sí mismo y sobre nosotros. Lo que pasa es que no todos hemos aprendido a escucharlos. Ellos nos hablan constantemente. Nos dicen cosas y le hablan a los demás sobre nosotros.



Tiestos, 1956.
Pluma y tinta sobre papel, 14 x 21 cm.



Cocina española: con fogón de gasolina, botellas de aceite, lechera y olla, 1956.
Pluma y tinta sobre papel, 6,5 x 16,8 cm.



El placer de los cachivaches, 1957.
Pluma y tinta sobre papel, 14 x 21,5 cm.

La serie de imágenes de mis objetos domésticos, que he ido construyendo a través del dibujo y el grabado, me lleva a pensar en las posibles lecturas que las personas y yo misma les vamos a dar en un futuro próximo y lejano. ¿Cómo los vamos a percibir y qué historias nos van a contar de aquí a cinco, diez, veinte, cincuenta años, e incluso, varios siglos en adelante? ¿Qué cosas dirán de esta época, de la vida durante la segunda década del siglo XXI, del momento en el que una nueva pandemia modificó las dinámicas y los comportamientos de toda la humanidad; y qué dirán estos objetos de mi propia realidad como individuo? Al fin y al cabo, a lo largo de la historia del arte, los bodegones –toda esta serie de pinturas, dibujos, fotografías, esculturas, videos y cualquier otro medio de representación, que nacen del acto de contemplar aquellos objetos que nos rodean y nos acompañan– han servido como registro y testimonio de las costumbres, las ideologías, los valores, los intereses y el contexto histórico de una sociedad. Algunos bodegones nos cuentan los distintos tipos de alimentos y dietas de una época en particular. Otros eran utilizados para transmitir

mensajes, por medio de analogías y simbolismos que se les atribuían. Muchos de ellos hacían alusión, por ejemplo, a la importancia del desapego de las posesiones materiales, del poder y los placeres pues la vida es frágil y la muerte puede llegar en cualquier momento. Esto nos lleva a pensar en una época en donde el poder de la Iglesia Católica sigue expandiéndose y uno sus mensajes principales es la salvación del alma a través del desapego material y donde la figura del pobre y el humilde es idealizada y santificada. En otros casos, los bodegones son un medio para presumir los objetos más ostentosos, exóticos y refinados que un personaje de la alta sociedad tenía. Es una manera de inmortalizar ese momento de gloria y lujo del propietario de los objetos.

Es por medio de estas imágenes (junto con literatura y testimonios escritos) que podemos conocer un poco mejor aquellas épocas lejanas de siglos atrás. Estas representaciones trascienden desde las culturas de la Antigüedad en donde encontramos, por ejemplo, en la destruida ciudad de Pompeya unos frescos de un conjunto de víveres como

manzanas, peras, uvas y un cuenco de leche que se le ofrecía a los visitantes que llegaban a las casas. Me impresiona saber que desde hace mucho tiempo hemos tenido el impulso y el interés por contemplar y plasmar los objetos que nos acompañan y que hablan de nuestro día a día. Éstos tienen una gran capacidad comunicativa que trasciende la barrera del tiempo.



Pintura mural de Pompeya, Siglo I d.C.

Estos frescos eran conocidos como *Xenia*, palabra que hace alusión a la idea de hospitalidad.



Puesto de mercado con hortalizas, 1567.
Pieter Aertsen



Bodegón y la huida a Egipto, 1551.
Pieter Aertsen



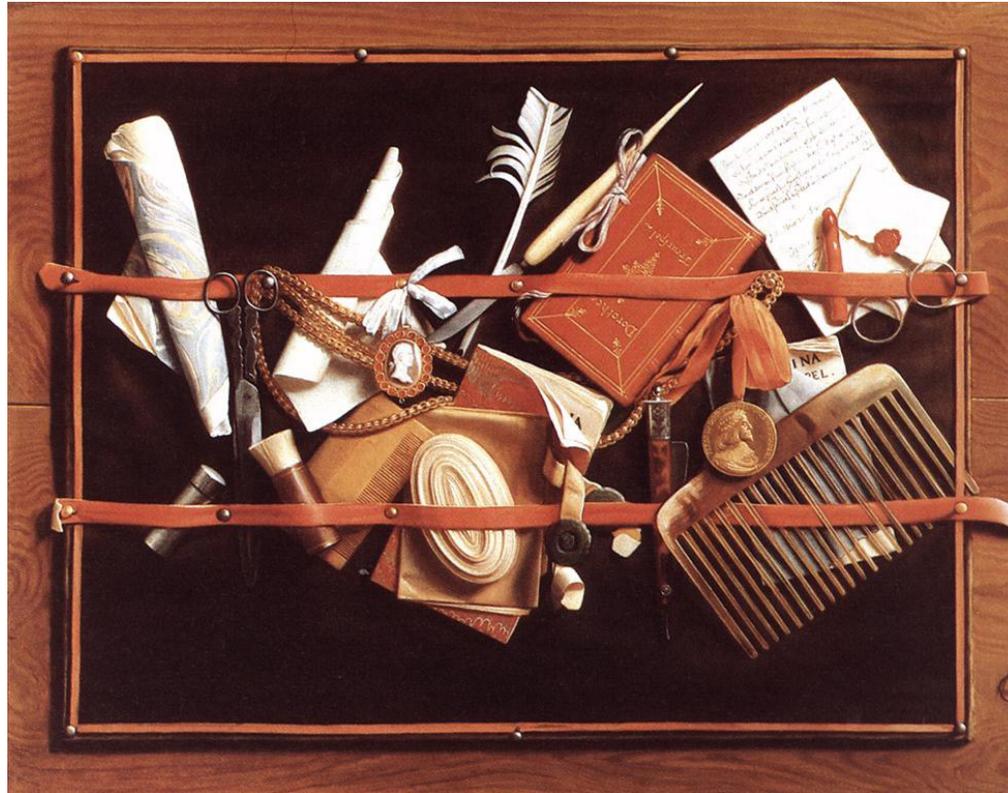
Naturaleza muerta, 1652.
Antonio de Pereda



Bodegón con copa de vidrio, 1635.
Willem C. Heda



El sueño del caballero, 1650.
Antonio de Pereda

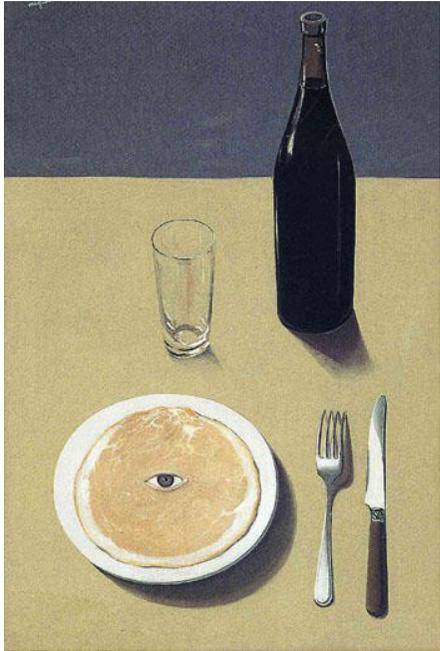


Colección de objetos, 1666 - 1678.
Samuel van Hoogstraten



Naturaleza muerta con cráneo, 1898.
Paul Cézanne

Con la llegada de la fotografía y la imagen en movimiento, la necesidad de construir una narrativa y una representación pictórica naturalista dejan de ser una prioridad. Esto permitió que el bodegón se liberase aún más de las exigencias y las expectativas de una representación verosímil. El bodegón se convierte en un género artístico que abre las puertas a la exploración de la técnica y la búsqueda de nuevas formas de representar. Se convierte en una oportunidad para encontrar nuevas miradas y maneras de expresarse a través del arte. Los objetos se transforman y nos empiezan a hablar no solo de un contexto social particular (algo que es inevitable). Además, nos cuentan sobre el estado mental, la personalidad y la visión particular del artista sobre su propia realidad. A partir del siglo XX el bodegón y el arte en general parecen desprenderse de las cadenas que los retenían, y el artista logra reclamar por completo su individualidad. Surgen variadísimas maneras de expresión y de percepción de distintos temas como los sueños, el inconsciente, el juego, los objetos como obras de arte y la vida cotidiana a través de ellos.



Le portrait, 1935.
René Magritte



Les valeurs personnelles, 1961.
René Magritte



Nature morte à la guitare, 1919.
Georges Braque



Bodegón, 1946.
Giorgio Morandi



Rueda de bicicleta sobre taburete, 1913.
Marcel Duchamp



Nuits de chine, 1976.
Arman



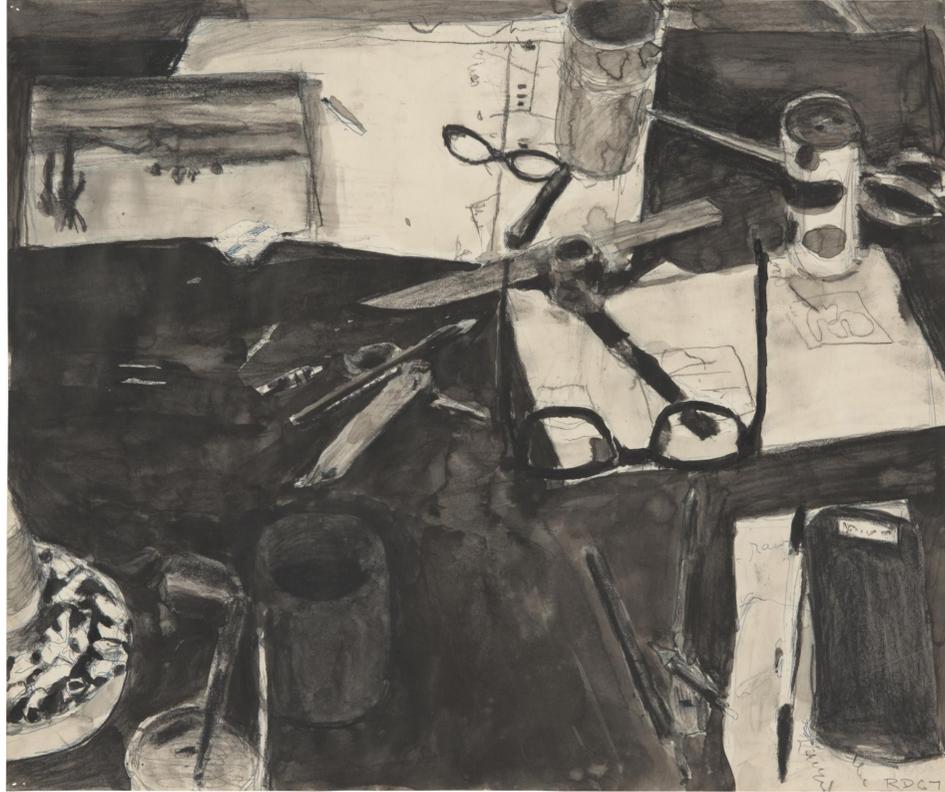
Still life with palette, 1972.
Roy Lichtenstein



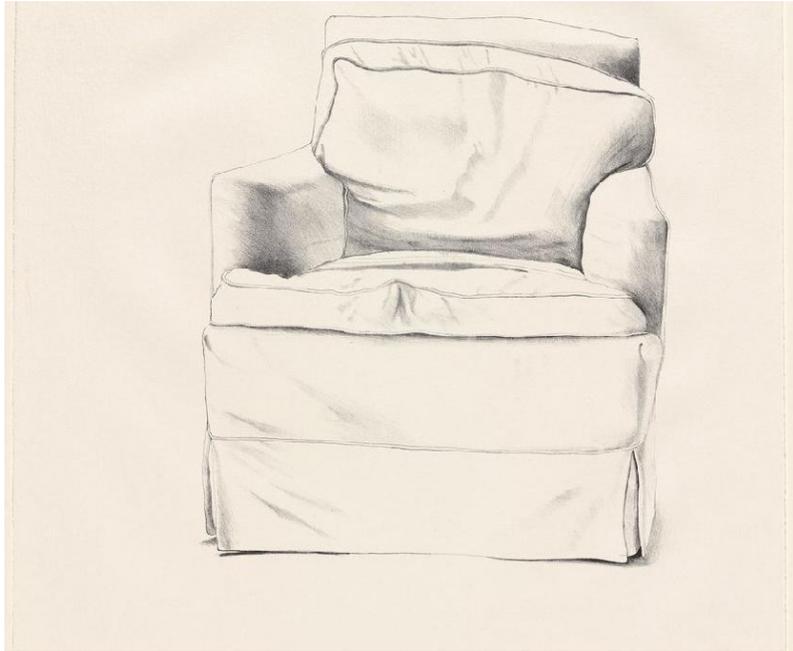
Still life with lobster, 1974.
Roy Lichtenstein



Still life # 30, 1963.
Tom Wesselmann



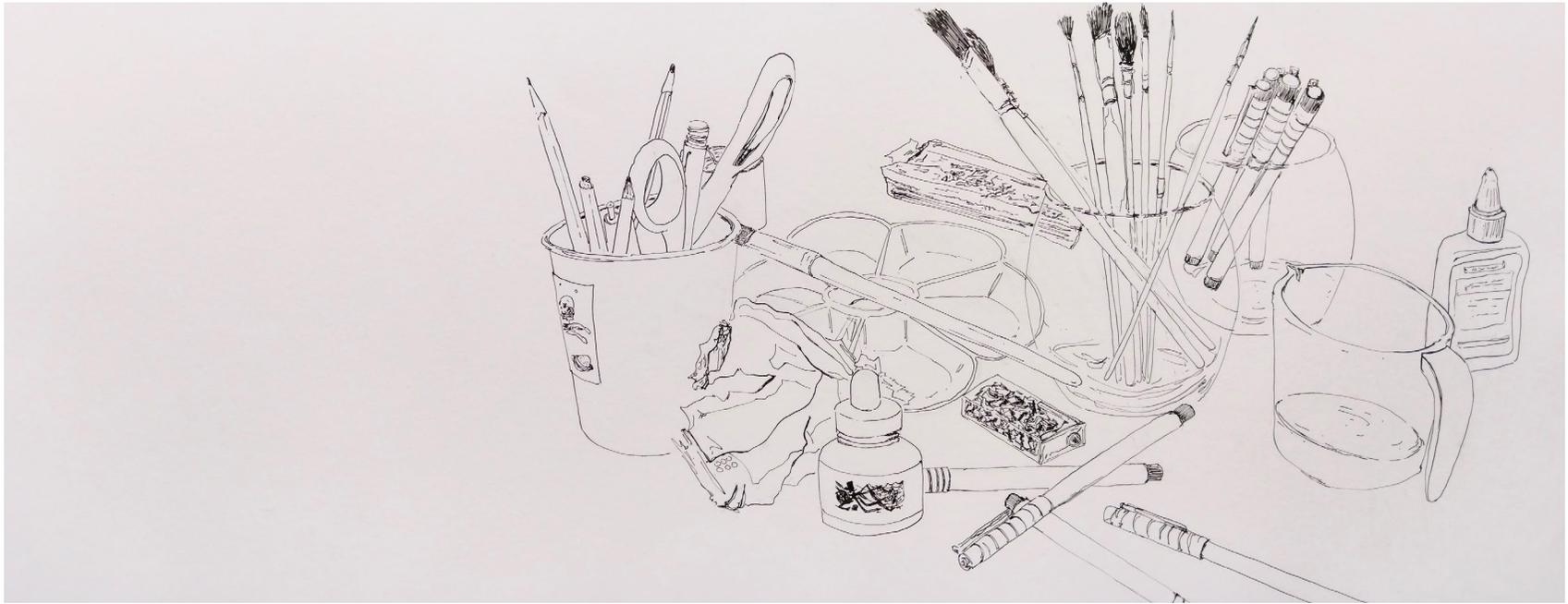
Still Life, Cigarette Butts and Glasses, 1967.
Richard Diebenkorn



Chair, 1973.
David Hockney



Still life, 1969.
David Hockney



Escritorio, 2021.
Ana Rivera

Creo firmemente que en el momento que los objetos cotidianos logran capturar nuestra atención —a través de su figura, sus colores, sus sonidos, sus historias, sus antepasados, su ausencia y su llegada a nuestras vidas— y somos verdaderamente conscientes de su valor y de su presencia, jamás los volveremos a dejar de lado.



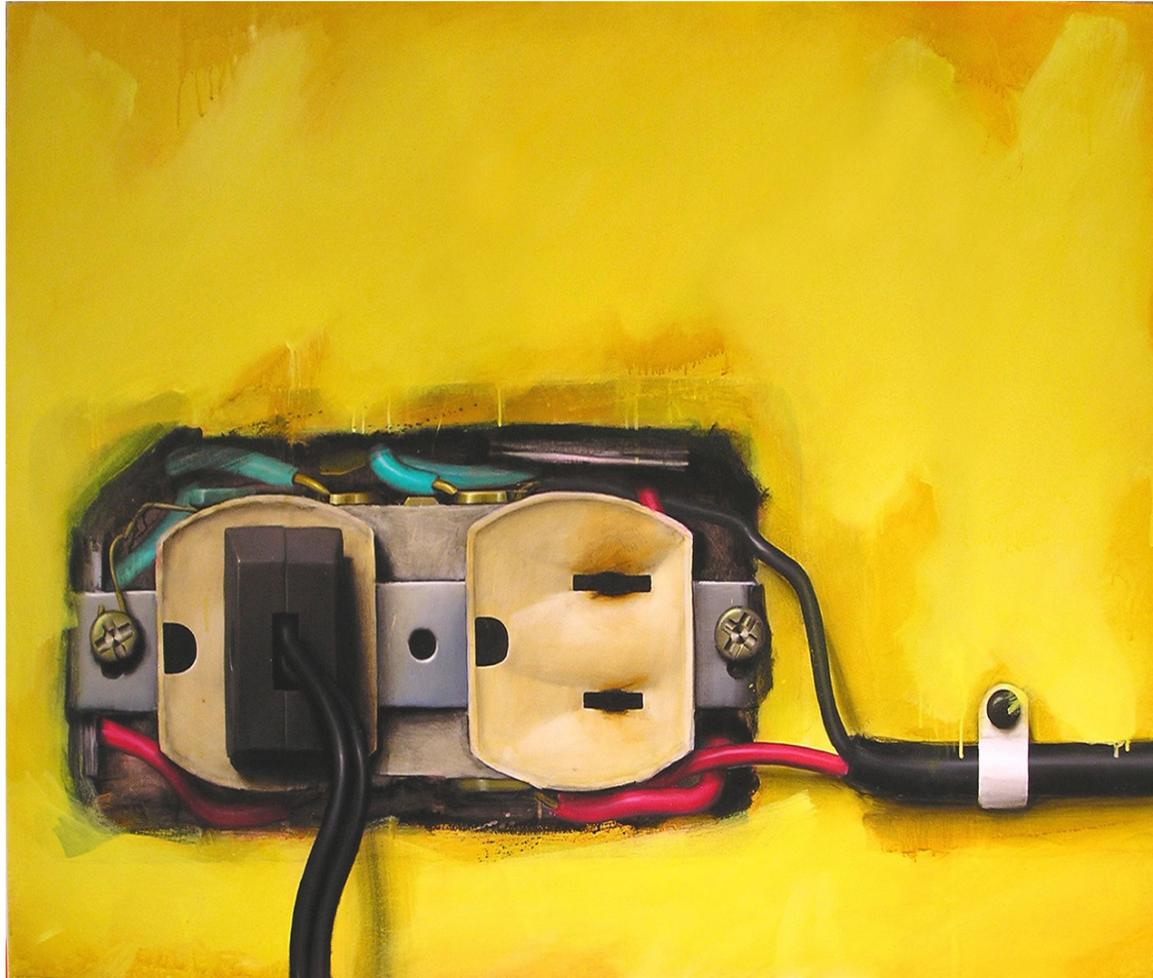
Un largo viaje dentro de estas cuatro paredes

Desde el dibujo, he vivido a lo largo de mi proyecto de grado un proceso de transformación, como artista y como persona. Dibujar nos permite tomar consciencia de lo que consideramos banal, inútil y prescindible. Nos lleva a ver nuestro entorno con una mirada desprevenida y sin prejuicios, y con la mente dispuesta y lista para dejarse sorprender. En general, muchos de los objetos domésticos no tienen un aspecto particularmente estimulante e incluso, algunos pueden llegar a incomodarnos. Lo curioso es que al mismo tiempo, estos objetos aparentemente poco atractivos e interesantes son indispensables para las dinámicas de nuestro día a día. Muchos de ellos deambulan entre ser necesarios y molestos, y entre su importancia en nuestra vidas y nuestro



Toma 3, 2005.
Acrílico sobre lienzo, 165 x 165 cm, Iván Rickenmann.

constante deseo de guardarlos, mantenerlos en orden para que no estorben y ocultarlos. A través del dibujo, estos objetos se transforman y se vuelven llamativos para nosotros. Una montaña de ropa o de zapatos, el reguero de cuadernos, papeles, esferos, lápices, vasos y todo tipo de cosas sobre nuestro escritorio o los cables enredados, amarrados y sueltos por todas partes de nuestro computador, nuestra televisión y cualquier clase de aparato eléctrico que tengamos, se convierten en algo que nos provoca mirar, detallar y contemplar. Iván Rickenmann hace esto en su serie de pinturas de gran formato *Los discretos objetos de nuestro entorno* en donde enfoca su atención en estas cosas que viven en el anonimato, ocultas y olvidadas. Las embellece y las vuelve el centro de atención al cambiar sus proporciones y al hacer una traducción creativa a través de la pintura. Me doy cuenta que mi propósito es muy similar: visibilizar los objetos de mi hogar a través del dibujo.



Children's room, 2006.

Acrílico sobre lienzo, 119 x 160 cm, Iván Rickenmann.



Salón (políptico), 2006.

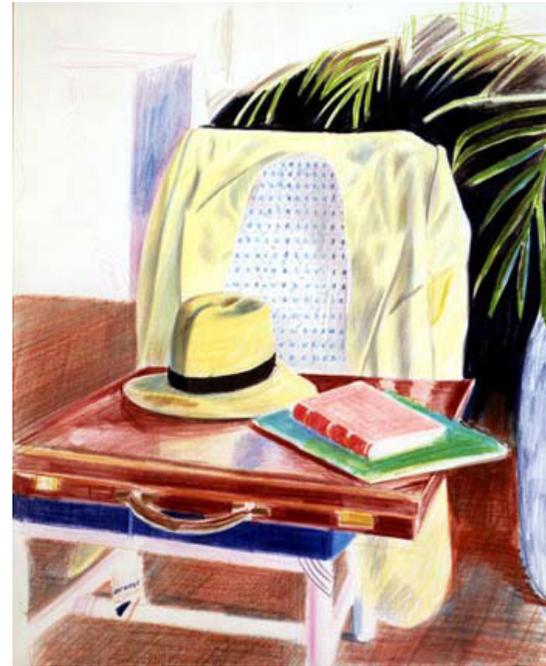
Acrílico sobre tela estampada, 4 x (200 x 60 cm), Iván Rickenmann.

El acto de dibujar no es simplemente un ejercicio de representar de la manera más fiel posible lo que vemos. Va mucho más allá de una traducción gráfica de un elemento tangible y tridimensional a unos trazos en un soporte bidimensional. Cuando dibujamos, pensamos, meditamos y reflexionamos. A través del dibujo aprendemos, descubrimos y generamos conexiones inesperadas con aquello que estamos observando. Nuestros hallazgos, reflexiones, intenciones e intentos por comprender y por ver de otra manera, quedan plasmados en la imagen que estamos creando. Damos nacimiento a una nueva versión de aquello que observamos y le damos un carácter y una personalidad particular porque una parte de nosotros queda en ese dibujo. Y es que es inevitable. Es precisamente por eso que cuando miramos un dibujo vemos más que una copia de la realidad. Podemos relacionarnos con el artista, tratar de imaginar cuánto tiempo le llevó hacer esa pieza, los errores que quiso o no corregir, qué fue lo que más le llamó la atención, qué pudo sentir y en qué estaba pensando en el momento que hizo ese dibujo o por qué decidió hacerlo...

David Hockney dice que en una imagen podemos crear la ilusión de espacio a diferencia del tiempo que inevitablemente hace parte de la obra. En un dibujo o una pintura podemos hablar de una temporalidad y de un proceso de observación que pudo tomar minutos, horas, días, semanas, meses e incluso años. En el caso del dibujo, esto lo vemos en la forma, la velocidad y la precisión de los trazos y/o de las manchas. Además, el dibujo tiene la particularidad de parecer inacabado y aún así declararse como terminado. Un boceto, un dibujo escueto o con pocas líneas puede tener la misma calidad y causar el mismo impacto que uno con una mayor cantidad de detalle y capas de trazos.



Vichy Water and "Howards End", Carennac 1970.
David Hockney.



Still life, Taj Hotel, Bombay, 1977.
David Hockney.



The desk, 1984.
David Hockney.

Sin embargo, por su propia naturaleza, la fotografía no tiene las mismas cualidades. Cuando hacemos una captura con una cámara fotográfica, podemos generar una imagen en fracción de segundos (sin tener en cuenta el tiempo de revelado en el caso de la fotografía análoga). Lo interesante de hacer esta comparación es que al experimentar y buscar nuevas maneras de dibujar y pintar, Hockney utilizó la fotografía como herramienta para crear rápidamente muchas imágenes de un mismo lugar desde distintos puntos de vista. Estos son los famosos “Joiners”. Cuando reveló y organizó todas las imágenes, se dio cuenta de que había logrado a través de la fotografía lo mismo que sucede con el dibujo y la pintura. Cada foto, así fuera del mismo lugar, representaba una fracción de tiempo que en conjunto con el resto nos hablaba de un largo proceso de observación. En este grupo de imágenes que componen una sola, podemos ver el paso del tiempo en los sutiles cambios del color de la luz, en los ligeros movimientos de una persona y en las distintas formas que tiene un objeto desde el punto de vista de donde se mire. Estas fotografías adquieren un valor muy



Vichy Water and "Howards End", Carennac. 1970.
David Hockney.

especial porque le permiten al espectador relacionarse con el proceso y la experiencia del artista. Lo que me parece tan cautivador de estas imágenes es que cobran vida al poder captar y sentir el tiempo que Hockney pasó mirando, observando, detallando, analizando, descubriendo y reconociendo su entorno. Es la misma sensación que me generan sus dibujos que logran convertir una escena cotidiana, común y aparentemente sin importancia, en un momento muy especial. A lo largo de mi proyecto me he dado cuenta que me identifico un montón con la forma en la que Hockney ha aprendido a dejarse maravillar por el mundo que lo rodea. Sus imágenes están llenas de optimismo y fascinación. Su amor por la cotidianidad, por los pequeños momentos del día a día se transmite a través de su arte. Una chaqueta y un sombrero sobre una silla se convierten en algo más cuando pasan a través de los ojos de este artista o de cualquier otro que entiende el valor de la vida cotidiana.

“The world is very beautiful if you look at it. But most people don’t look very much. They scan the ground in front of them so they can walk but they don’t really look at things incredibly well, with intensity. I mean, I do, and I’ve always known that.”

David Hockney entrevistado por Marc-Christoph Wagner
de Louisiana Channel, Louisiana Museum of Modern Art

Es muy inspirador pensar que todo, absolutamente todo, lo que nos rodea puede mirarse, contemplarse y observarse —una vez, dos veces, muchas veces, por algunos minutos, algunas horas, días, semanas, meses, años, e incluso, toda la vida— y que a partir de ese acto nos nutrimos y aprendemos a relacionarnos de muchas maneras con nuestro entorno. Sin embargo, por distintas circunstancias del día a día y del ritmo de vida que llevamos, nos acostumbramos a lo que nos rodea, dejamos de percibir su importancia, su valor y empezamos a dar muchas cosas por sentado. Es una extraña sensación que nos lleva a creer que todo a nuestro alrededor siempre ha estado ahí y siempre lo estará. Es normal que suceda porque no podemos escapar de nuestra realidad. Nuestra forma de vivir ya tiene unas bases establecidas en las que nos sentimos cómodos (normalmente), por lo que no hay necesidad de pensar, de preguntarnos ni de interesarnos por estilos de vida distintos al nuestro. Sin embargo, los objetos que nos acompañan son un puente a otras realidades, cercanas o muy lejanas. Ellos nos permiten conectar con otras épocas, otras formas de pensar y de concebir el mundo. Gra-

cias a ellos podemos viajar en el tiempo porque son prueba de un pasado que no podemos concebir y que es difícil de imaginar. Nos llevan a pensar en el otro, en sus experiencias, en sus vivencias, en su perspectiva, y nos invitan a intentar comprender la complejidad de su propia realidad.



Olivier à Montmajour, 1888.
Vincent Van Gogh.

En *Sobre el dibujo*, John Berger realiza un análisis de un boceto previo a una pintura de Van Gogh titulada *Olivier à Montmajour*. Berger habla de la capacidad del artista de entender, sentir, capturar y plasmar en su dibujo la energía que fluía entre las nubes, el pasto, las ramas y las hojas de los árboles del paisaje que estaba observando. Es como si Van Gogh tuviera una inmensa sensibilidad y una profunda conexión con aquel lugar que estaba contemplando. Los trazos expresivos, ágiles y llenos de movimiento que vemos en su dibujo son el resultado de una profunda conversación que tuvo el artista con el paisaje que estaba observando y es por eso que las huellas que quedaron sobre el papel no son sólo tuyas, también le pertenecen a las aves, los árboles, los arbustos, las rocas, las hojas, el viento y todo aquello que componía esa escena cotidiana que Van Gogh llegó a amar por la simpleza de su belleza.

Menciono este ejemplo porque lo que Berger llama *energía* yo lo interpreto como *empatía*. Este proyecto de grado ha sido un largo viaje a través de mis objetos domésticos den-

tro del pequeño espacio que definen las paredes de mi casa. La persona que fui al iniciar esta aventura, se fue transformando a lo largo del trayecto y terminó siendo alguien completamente diferente al final del camino. He encontrado en el dibujo una forma de expresión y de reflexión que me invita a prestarle atención y dejarme fascinar por los momentos y las cosas de la vida cotidiana, tanto lo bueno como lo malo. *De casa* es una muestra de la conexión profunda que se generó entre los objetos domésticos y yo. Creo que este proyecto es apenas un abre bocas. Las imágenes que creé son una descripción gráfica muy tentadora de los objetos que habitan mi hogar. Son como la sinopsis de un libro o un buen trailer de una película que logran despertar la curiosidad y el interés del espectador por saber más. Tal vez, quien ve estos objetos quiera saber qué espacio ocupan en mi casa o cómo se ven físicamente. Y quizás, (y ojalá sucediera) las personas empezarían a prestarle más atención a esos rincones —ignorados, olvidados, aburridos, molestos y atiborrados de cosas— y, de pronto, esto los llevaría a estar más atentos y dispuestos a encontrar esos bodegones caóticos y

desordenados, pero a la vez tan hermosos, cautivadores y llenos de valor, en sus casas.



“Allí esperan pacientes, inamovibles, a que nuestros ojos los vean. O no.”

Alessandra Merlo - Los útiles y los inútiles